

## D. CÁRLOS O'DONNELL Y ABREU.

Las revoluciones, en los variados giros que les imprime la constante elaboración por que va pasando la gran familia humana, envuelve y arrastra en sus corrientes, no solo al individuo activo, sino también al más apático y pacífico que, ansiando vivir apartado de ese movimiento fogoso, arrebatado, vertiginoso, que impulsa las pasiones hasta el extremo de la locura y del desenfreno, se encuentra, por un acontecimiento inesperado, débil, sencillo, pueril tal vez en demasía, envuelto en el intrincado dédalo de esos sacudimientos sociales, figurando á veces como una leve parte de ese todo que se agita, se mueve y bulle, y otras como parte componente, pero que domina el todo.

Por eso es preciso reconocer que el hombre político, en relación á sus creencias, no es más que hijo de las circunstancias que en ocasiones dadas le dominan. ¡Cuántas veces el convencimiento de una doctrina fija, única que cree salvadora, se agita en el fondo de su conciencia, y las consideraciones sociales, los acontecimientos imprevistos, la exigencia del pariente y del amigo, la ingratitud muchas veces de aquellos á los que considera como correligionarios, le hacen modificar los primeros sentimientos que brotaron en su alma cuando se abrió esta llena de ardiente entusiasmo á la penosa vida de las pasiones políticas!

Hé ahí por qué no somos de aquellos hombres intransigentes que no encuentran nunca un motivo para disculpar con legalidad las decepciones de este género,

tan frecuentes en las diversas agrupaciones que separan hoy á los hombres de nuestra patria. No somos de los que aplaudimos las decepciones injustificadas; pero no dejamos por eso de conocer que la mayor parte de las que se verifican tienen su origen en la ingratitud de los mismos partidos que, halagando á sus prosélitos más entusiastas en los períodos de desgracia, les abandonan en la bonanza, olvidando su cooperación, su buena fé y sentimiento, y lo que es peor aun, olvidando los pasados servicios para prostituir la protección en favor de la doctrina y entregarse al más detestable favoritismo.

Es comun, general, vulgar, y por desgracia harto reconocido, que aquellos pueblos que más se sacrificaron en favor de una idea, un principio, una doctrina, cualquiera que ella sea, que sacrifican en su apoyo intereses materiales, hombres, prosperidad, riqueza, todo, en fin, cuando ménos progresa, es cuando ese mismo principio, por el cual lo sacrificó todo, llega á dominar en el poder.

No es defecto de la doctrina, no lo es quizá de sus principales hombres; en estas controversias ridiculas pero frecuentes, puede entreverse la mano de la fatalidad agitando las pasiones de aquel pueblo lastimado en sus intereses, preparándolo cautelosamente para revelarse contra los mismos principios que vino apoyando con menoscabo de sus intereses... este es el germen de todas las revoluciones.

La sociedad de hoy es la sociedad de los siglos anteriores. Más ilustrada en la guerra, en las ciencias, en las artes; más culta, pero también más rebelde, inquieta y ambiciosa de ilustración, corre más ciega en el torbellino de las revoluciones sangrientas y exterminadoras tras de ese lejano período de perfección que á través de los siglos espera á la gran familia humana.

Hay épocas determinadas en que esa gran familia, que bulle y se agita, detiene el curso de sus estragos, y como el guerrero fatigado en la pelea de llevar el estrago entre sus hermanos, descansa un momento para volver con más ahinco á ser ciego agente de la muerte. Pudiéramos citar muchos de estos períodos de reposo que forman el intermedio de las generaciones que se suceden sobre la haz de la tierra; citaremos la más comun, la más sorprendente, porque en ella hubo dos coincidencias especiales, una raza y una civilización que, mudando á la vez de condiciones y de formas, regeneran la vida de todas las naciones del mundo.

Después del borrascoso triunvirato, el último de la Roma republicana, Vestalio Augusto viste la clámide imperial. Cambio tan brusco de la forma republicana á la monarquía es consentido pacíficamente por aquellos ciudadanos tan celosos de sus derechos individuales y tan mal dispuestos á recibir su dictadura, síntoma infalible de la tiranía.

En aquel período, el más peligroso, cesan de repente todas las guerras internas y externas que agobiaban por todas partes al pueblo romano; ciérrase el templo de Fano, y se declara la paz octaviana. ¿Fue precursora esta del nacimiento del divino filósofo, en que tanto se fija el cristianismo? No; seguid paso á paso la historia romana y encontrareis otra causa más lógica. Roma, á través de penosas elaboraciones, llegó con Octavio al período álgido de su progreso y civilización; allí detuvo su marcha para descender hasta la decadencia: la misión de aquella generación estaba cumplida, y desde Octavio se ve el rápido descenso de toda aquella civilización que tantos progresos consiguiera en todos los ramos del saber humano.

Descendamos de las generaciones á los pueblos y de estos á los hombres, y en todo encontraremos una analogía exacta, precisa y necesaria para la elaboración de la gran familia humana.

Nació D. Carlos O'Donnell Abreu en la ciudad de Valencia, el día 1.º de Junio de 1824. Fueron sus padres D. Carlos O'Donnell y Jorys, coronel de caballería, y doña María Mary Abreu Rodriguez de Albuerno.

D. Carlos, después del estudio de primeras letras, empezó su carrera militar ingresando en las filas del ejército de D. Carlos, en clase de alférez de menor edad, en 14 de Agosto de 1836, sin contarle antigüedad hasta 31 de Agosto de 1839. Durante aquel tiempo en que duró la guerra civil, D. Carlos O'Donnell subsistió en las filas del infante D. Carlos, prestando los servicios de campaña.

Jóven aun cuando la terminación de la guerra, verificada en virtud del convenio de Vergara, permaneció en el seno de su familia, sin tener, como otros oficiales de igual procedencia, ingreso en las filas del ejército. En 12 de Febrero de 1849 fué revalidado como alférez del arma de caballería, subsistiendo en situación de reemplazo.

En 2 de Abril de 1852 fué ascendido á teniente por antigüedad, con destino al regimiento de caballería de Alcántara, al cual se incorporó en Vicalvaro, permaneciendo allí hasta fin de Junio, que por real orden del 18 fué trasladado al regimiento de Lusitania de la misma arma, al cual se incorporó en Madrid.

Con el mismo regimiento pasó el Sr. O'Donnell á cubrir las guarniciones de Alcalá, Vitoria y Búrgos, hasta el 21 de Noviembre del expresado año de 1853, en que pasó á las órdenes del Excmo. señor capitán general de las islas Filipinas, embarcándose el 1.º de Enero de 1854, y arribando al expresado archipiélago el 5 de Setiembre, siendo destinado como capitán al regimiento de caballería de lanceros de Luzon. Por decreto del capitán general de las islas de 20 del mismo mes fué nombrado ayudante de campo, en cuya comisión activa permaneció hasta el año de 1856, en que obtuvo licencia temporal para regresar á la Península.

Dos años permaneció en el archipiélago filipino don Carlos O'Donnell, prestando el servicio consiguiente á la comisión de ayudante de campo, á las órdenes del capitán general; pero aunque cosmopolita, como todo individuo dedicado á la carrera de las armas, en los que tan necesaria y precisa se hace esa condición, su deseo de ver á la familia y la necesidad de velar por los intereses de la casa, le precisaron á pedir aquella licencia por el plazo de diez y ocho meses, verificando el embarque para su regreso el 8 de Octubre, y desembarcando en Marsella el 30 de Diciembre del mismo año.

Permaneció en la corte gozando de la licencia temporal; pero jóven y activo, satisfecha ya la más exigente necesidad de ver á su familia, no se avenía con su carácter esa tranquilidad y quietud que hace tan

monótona la vida de la juventud militar. Decidíase ya á emprender su dilatado viaje de regreso al archipiélago, cuando el 26 de Mayo de 1857 obtuvo la gracia de continuar sus servicios en la Península, quedando con el empleo de capitán en situacion de reemplazo hasta el mes de Enero de 1858, en el cual fué destinado al regimiento de caballería de húsares de la Princesa, permaneciendo en las filas hasta el 5 de Julio del mismo año, que fué nombrado ayudante de campo del general D. Enrique O'Donnell, que desempeñaba á la sazón el alto puesto de segundo cabo del distrito militar de Castilla la Nueva.

D. Carlos O'Donnell tuviera en diversas ocasiones motivos para manifestar sus conocimientos militares, su talento, aplicacion y buen criterio; mejor que oficial de filas, hubiera prestado más útiles servicios á la carrera militar si desde un principio hubiese ingresado en un cuerpo facultativo, en el cual lucirian más sus conocimientos en el arte de la guerra. Todos aquellos jefes superiores á cuyas órdenes sirviera conocian perfectamente tan excelentes prendas, y no podian ménos de recomendarle al gobierno por tan excelentes cualidades. Debido á estas, por real orden de 13 de Marzo de 1859 formó parte de la comision de oficiales españoles que debian examinar y estudiar la guerra de Italia, siguiendo las operaciones con el cuartel general del ejército piemontés, embarcándose en 11 de Junio en el puerto de Alicante, é incorporándose á los pocos dias al referido cuartel real, siguiendo todos los movimientos de aquella campaña hasta el armisticio celebrado entre los ejércitos beligerantes. Autorizado por real orden del mismo mes, se trasladó al imperio francés con objeto de estudiar las plazas y establecimientos militares del mismo, en cuya nueva comision permaneció hasta el mes de Setiembre, en que se dió por terminada, presentándose por su consecuencia en Madrid el 1.º de Octubre, siendo destinado á las inmediatas órdenes del Excmo. señor ministro de la Guerra.

Poco tiempo duró en aquella situacion el Sr. O'Donnell; pues el 22 del mismo mes fué nombrado ayudante de campo del general D. Enrique O'Donnell, comandante general de la segunda division del segundo cuerpo expedicionario de Africa.

España tenia una afrenta que vengar en el imperio marroquí, hecha al pabellon nacional por las hordas bárbaras más contiguas á nuestras posesiones africanas. Impotente aquel soberano para contener los desmanes de algunas kabilas ribereñas, le fué preciso á España tomar la defensa con sus armas, en-

viando sobre el imperio marroquí un ejército expedicionario. En el segundo cuerpo iba D. Carlos O'Donnell en clase de ayudante de campo del comandante general del mismo, con cuyo motivo pasó al antiguo reino de Andalucía, desembarcando en Ceuta el dia 28 de Noviembre, entrando desde luego en operaciones. Apenas empezada la guerra, se encontró don Carlos en las acciones de 30 de Noviembre, reductos avanzados y boquete de Anghera. Tomó asimismo parte en la tan reñida del Otero el dia 13 de Diciembre, en la cual, por su valor y bizarro comportamiento, se le dió el grado de comandante con antigüedad. El dia 15 y el 20 del mismo mes se encontró en las verificadas sobre los mismos reductos y boquete.

El ejército español iba, á expensas de su denodado valor, ganando terreno sobre el imperio africano, sin que los naturales reunidos en pelotones numerosos que peleaban con valor, pero sin orden ni disciplina, pudiesen conseguir ni la más insignificante victoria. Bajo el aspecto de estas condiciones ventajosas, se inauguró el año de 1860, teniendo lugar en 1.º de Enero la famosa y reñida accion de los Castillejos; en ella se encontró tambien D. Carlos O'Donnell, así como en la del 6 del mismo mes verificada en el Monte Negron, y en la cual cargó denodadamente al enemigo á la cabeza de dos compañías de cazadores del regimiento de Toledo. Tomó posteriormente parte en las del 8, 10 y 15 en el campamento del rio Aznao ó Capitanes, por las que, y en atencion á su denuedo y bizarría, mereció ser agraciado con la cruz de San Fernando de primera clase.

Grande fué tambien el valor y serenidad demostrada por el Sr. O'Donnell en la accion del 14 del mismo mes. Allí pidió el puesto de honor en el punto más peligroso, consiguiendo con su arrojo prestar al ejército un eminente servicio. Preciso era forzar el paso del Cabo Negron; la empresa era arriesgada, pero O'Donnell, á la cabeza de un escuadron de caballería, logró rechazar al enemigo, por cuyo comportamiento obtuvo el empleo de comandante.

En la accion del dia 31, en la vega de Tetuan ó Guad-el-Jelú, dió iguales pruebas de su arrojo; pero en la batalla de Tetuan, dada el 4 de Febrero, aquel arrojo fué ya temeridad, pues colocado al frente de una compañía de cazadores del regimiento de Toledo cargó al enemigo, siendo uno de los primeros en poseionarse de la torre de Gelelí. Asistió tambien á la entrada en la plaza de Tetuan y en la del 6 de Marzo en Samsa, en la cual tuvo la desgracia de ser herido de bala de espingarda en la cabeza, por cuyo mérito fué

recompensado sobre el campo de batalla con el grado de teniente coronel con antigüedad. Posteriormente asistió á la de Vad-Rás, el 23 del referido mes, que dió por resultado la petición de la paz, impetrada por el enemigo.

Terminada aquella campaña y antes de firmarse la paz, llegó á Madrid el día 23, acompañando al general encargado de las proposiciones y aprobación del tratado de paz, regresando al campamento el 3 de Abril, en el que continuó hasta el 6 del mismo.

A su regreso á España permaneció durante los años de 1861 al 63 en la córte, en clase de ayudante de campo del general D. Enrique O'Donnell, y en 1864 quedó en situación de reemplazo, en la cual subsistió hasta Octubre de 1868, en el que por la parte que tomó en el alzamiento nacional se le concedió el empleo de teniente coronel, obteniendo despues á su instancia la licencia absoluta por decreto de 10 de Enero de 1869.

El Sr. D. Carlos O'Donnell está condecorado con la cruz de San Hermenegildo, otorgada por real decreto de 5 de Enero de 1852; con la real y militar de San Mauricio, de Cerdeña, dada por aquel monarca segun real órden de 11 de Diciembre de 1859, y con la de San Fernando de primera clase, por real cédula de 9 de Junio de 1860.

Posee los títulos de duque de Tetuan con grandeza de primera clase, como sucesor de D. Leopoldo O'Donnell, primero de aquel título, y el de conde de Lucena, por el mismo motivo, y el de marqués de Al-

tamira, como sucesor por fallecimiento de su tia doña Luisa Alvarez de Abreu y Rodriguez de Albuerne.

Fué electo para las actuales Córtes Constituyentes por un gran número de votos por la circunscripción de Valladolid, figurando en ellas en el grupo de la union liberal.

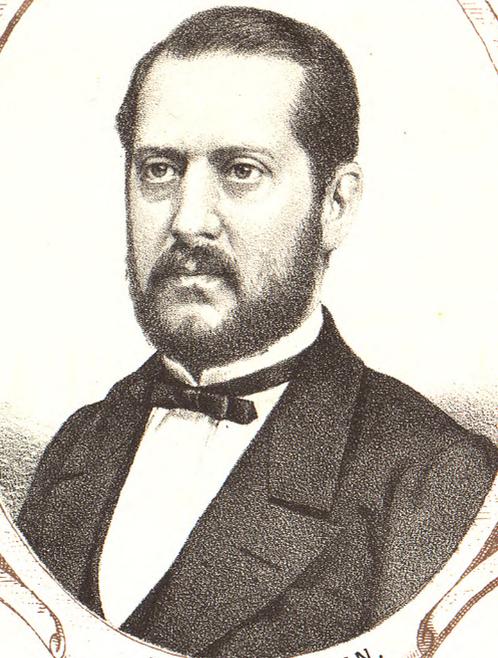
D. Carlos O'Donnell aspira á seguir las huellas de su ilustre antecesor. El engrandecimiento y la prosperidad de la patria constituyen el fondo de sus aspiraciones; y para realizarlas cree que no hay otro medio que la consolidacion de la monarquía constitucional.

En los momentos supremos que atravesamos, cuando los lazos que unian á los tres partidos de la coalicion parecen próximos á romperse, creciendo por esta causa el desaliento de los débiles y las ambiciones de los osados; cuando los partidos extremos se aprestan á la lucha creyendo ambos heredar á una situación invencible si hay unidad en sus elementos, los hombres de historia pura, de lealtad acrisolada y de posición independiente son la esperanza de la patria. Figura, pues, el Sr. O'Donnell entre los diputados que más provechosamente pueden ejercer su influencia en pro de la libertad y de los intereses generales del país.

Todos cuantos conocen al segundo duque de Tetuan, saben que ha de hacer los esfuerzos posibles para que la revolucion de Setiembre sea en el período de reorganizacion tan gloriosa como lo ha sido al hundir para siempre los obstáculos que se oponian al bienestar de la nacion.



LOS DIPUTADOS PINTADOS POR SUS HECHOS



DUQUE DE TETUAN.



C. NAVARRO Y RODRICO.



F. DIAZ QUINTERO.



M. SANCHEZ GUARDAMINO.

CORTES

1869

CONSTITUYENTES

## D. MANUEL SANCHEZ GUARDAMINO.

---

Nació este joven diputado en Lugo el 13 de Enero de 1830, siendo su padre una persona perfectamente acomodada y ardiente liberal, que habia prestado servicios de consideracion á la patria, pudiendo asegurarse que es D. Manuel Guardamino liberal por tradicion.

Despues de haber adquirido en su país natal los conocimientos elementales, vino á Madrid á seguir la carrera de leyes en la Universidad Central, demostrando aplicacion y talento, y recibíendose de abogado el año de 1852.

Durante el tiempo en que fué estudiante, se dió ya á conocer por su ilustracion y por su amor á la libertad, siendo uno de los denodados jóvenes que en 1848 contribuyeron á formar la sociedad que se estableció en Madrid con el título de *La joven España*, en la cual figuraban Martos, Becerra, Ortiz de Pinedo y otros distinguidos patriotas que más tarde han brillado por su talento y han contribuido poderosamente á nuestra regeneracion política.

Perteneció tambien á la Tertulia progresista y á todas las sociedades que en aquella época se inauguraron para realizar la idea del progreso en todas sus manifestaciones.

Terminada su carrera, tuvo precision de regresar á su país: llamábanle sus intereses y los de la familia, y más principalmente el cariño de sus padres, que deseaban tenerle á su lado para que aumentase los placeres del hogar doméstico y les auxiliara en el cuidado de sus haciendas. Su desahogada posicion, pues es uno

de los primeros propietarios de la provincia de Lugo, le ha permitido no ejercer su honrosa profesion, pero siempre ha estado dispuesto á ofrecer á sus correligionarios sus servicios como abogado y como particular.

Poco ha figurado durante los últimos años del reinado de Isabel II en la política palpitante. Ha sido siempre progresista, pero apenas ha tomado parte en las luchas del partido, por más que haya acompañado con sus simpatías á los hombres de accion y haya hecho fervientes votos porque cesara la época de hipócrita absolutismo que se habia entronizado en España y fuese reemplazado por una era de expansion y tolerancia, que contribuyera al desarrollo de las fuentes de riqueza que atesora el país.

Y esa era ha llegado. En 1854 la reina se lamentó de sus *equivocaciones*, y el pueblo que habia ceñido en su frente la corona de dos mundos, creyó que la mujer enmendaria los errores de la niña, y que seria posible con Isabel II la libertad y la honra de este país. Pero la mujer fué peor que la niña, y á fuerza de desaciertos fué poco á poco enajenándose las simpatías de todos los hombres honrados, quedando sus huestes reducidas á la parte más exigua y ménos caracterizada de uno de los antiguos partidos constitucionales.

El año de 1856 fué ingrata con los progresistas, con ese partido que tenia por jefe al pacificador de España en los campos de Vergara, al hombre ante quien debia bajar la cabeza con orgullo, al hombre, honra del país y de su partido, que habia salvado al

trono en diversas ocasiones, y que, si lo hubiera deseado, hubiese derribado una dinastía que tantas desgracias acarreó á este país. Espartero, que habia jurado defender la libertad y á la vez el trono de Isabel II, se retiró de la vida pública convencido de que no podia conciliar el cumplimiento de ambos juramentos.

Despues la nacion se ha visto en momentos de crisis importantes, y la reina se olvidó de que el duque de la Victoria podia salvar el trono y las instituciones. No se acordó de su antiguo regente, ó acaso se acordó, pero su ódio á los liberales le impidió acudir al único remedio, creyendo en su arrogante orgullo que esclavizando al pueblo, el pueblo no se atreveria á sacudir el yugo.

Despues otro partido poderoso la prestó considerables servicios; dió á la patria grandes dias de gloria, que siempre redundan en beneficio del monarca, porque ilustran las páginas de su historia; y cuando dió en 1866 una batalla que hubiera evitado con gusto; cuando una vez más el trono se salvó, la desatentada hija de Fernando VII cometió un acto inconcebible de ingratitud, acto que debemos agradecer, porque robusteció los elementos revolucionarios y

estableció el vacío alrededor del jefe del Estado.

Y como si esto no fuera bastante; como si un vértigo se hubiese apoderado de la razon de Isabel II, colocó en el gobierno á hombres sin prestigio, sin simpatías, á los más desacreditados del partido conservador, y los desmanes del gobierno aumentaron el malestar general, y la revolucion moral llegó á tal estado de poder, que una pequeña aunque dolorosa lucha en Alcolea, demostró que en España eran pocos los monárquicos de Isabel II, y estos pocos, con levisimas y honrosas excepciones—que siempre es honrosa la lealtad—eran traidores ó cobardes.

Guardamino saludó con júbilo la revolucion, la acogió con entusiasmo desde que se anunció en Cádiz, y puso á su servicio toda la fuerza de su inteligencia, todo el poder de su prestigio en el país, con ánimo resuelto, con decidido empeño, con la nobleza que guia todos sus actos.

Convocadas las Córtes Constituyentes, fué incluido en la candidatura de conciliacion de la circunscripcion de Lugo, y habiendo obtenido más de 26.000 votos, ha tomado asiento en la Cámara en las filas de la mayoría, formando parte de la fraccion progresista independiente.